

Claroscuro Nº 22 (Vol. 2) - 2023

Revista del Centro de Estudios sobre Diversidad Cultural

Facultad de Humanidades y Artes

Universidad Nacional de Rosario

Rosario – Argentina

E-mail: claroscuro.cedcu@gmail.com

Reseña de Burke, Aaron A. (2021) *The Amorites and the Bronze Age Near East. The Making of a Regional Identity*. Los Angeles: University of California, 432 páginas.
ISBN: 9781108856461

Autor(es): Agustina Reyna

Fuente: Claroscuro, Año 22, Nº 22 (Vol. 2) - Diciembre 2023, pp. 1-11.

DOI: <https://doi.org/10.35305/cl.vi22.138>

Publicado en: <https://claroscuro.unr.edu.ar/>



Claroscuro cuenta con una licencia

Creative Commons de Atribución

No Comercial Compartir igual

ISSN 2314-0542 (en línea)

Más info:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/deed.es>

Los autores retienen sus derechos de usar su trabajo para propósitos educacionales, públicos o privados.



Universidad
Nacional
de Rosario

BURKE, Aaron A. (2021) *The Amorites and the Bronze Age Near East. The Making of a Regional Identity*. Los Angeles: Univeristy of California, 432 páginas. ISBN: 9781108856461

Agustina Reyna¹

Durante la Edad del Bronce Medio, el extenso territorio del Creciente Fértil, desde el Golfo Pérsico hasta la costa del Mediterráneo oriental, fue escenario de la actuación de una serie de dinastías designadas a sí mismas como amorreas. Mientras tanto, el delta del Nilo era escenario en ese mismo período del control de gobernantes extranjeros, de origen levantino, que compartían características onomásticas con aquellas poblaciones que hacia el este, más allá de la región de Canaán, se (re)conocían como amorreas. En ese período, pero también con anterioridad y posterioridad, lo que era entendido como “amorreo” presentaba una serie de caracterizaciones complejas y variables de una región a la otra a las que las poblaciones, incluso aquellas en constante movimiento, podían o no adscribir.

La imagen de la identidad amorrea llega a los eruditos de mediados del siglo pasado a través de las fuentes textuales. Aquella está anclada a la mirada de las poblaciones sedentarias antiguas, sobre todo de centros urbanos, que pone el foco sobre las características pastoriles, nómadas y tribales de los grupos identificados como amorreos, más que sobre las características lingüísticas o territoriales (Robertson 2006: 329; Bahrani 2006: 51). Esta significación, primero en el mundo antiguo y luego en la erudición moderna, se construye a partir de criterios que tienen que ver tanto con la voluntad política de los gobiernos y de las distintas capas de la población (Di Bennardis 2014: 43), como con las dinámicas de movilidad y de tenencia o puesta en producción de la tierra (Rovira 2006: 249-250). Esto último es evidente en el tratamiento que han tenido las relaciones entre la identidad amorrea y su entorno casi exclusivamente en términos de las relaciones establecidas entre comunidades sedentarias centrales (*kalam*, en referencia a la llanura irrigada) y comunidades nómadas periféricas (*kur*, en referencia a la montaña o la estepa desértica), aunque los trabajos de Giorgio Buccellati (1966) y Kathryn Kamp y Norman Yoffee (1980) intentaron

¹Estudiante de Universidad Nacional de Rosario, Argentina. E-mail: agustinareyna.unr@gmail.com

re-enfocar esta tendencia a la luz de los aportes de los estudios étnicos. En ese sentido, el “giro barthiano” ha propuesto en las últimas décadas considerar más ampliamente la complejidad del fenómeno étnico, con un mayor interés en la efectividad social más que en sus ejes culturales, en cuanto ésta evidencia la flexibilidad de la etnicidad y sus interrelaciones con otros elementos de la realidad social, sobre todo en el marco del fortalecimiento de determinadas identidades insertadas en el poder político-religioso (De Bernardi 2005: 78-79).

La construcción del *otro amorreo*, no sólo entre los lectores de las fuentes cuneiformes sino también entre quienes las produjeron, forma parte del proceso intelectual de creación de una geografía imaginaria, una definición espacial pero también social del “yo” y del “otro” a partir de criterios y estereotipos (Said 1997: 87-88; Burke 2005: 158; Bahrani 2006: 51) que permiten dar forma, fusionar, fisionar o hacer desaparecer distintos elementos de la otredad (es decir, definirla), al mismo tiempo que generan una auto-consciencia de los elementos esenciales o característicos propios (De Bernardi 2005: 82). En este juego relacional, y como si de un acto de resistencia se tratara, el *otro amorreo* es sujeto de un constante proceso de negociación de su propia identidad, que tanto se impone como se auto-adscribe, en el marco de la realidad y la flexibilidad identitaria del mundo antiguo. En efecto, ya que no existen en el mundo antiguo fronteras de carácter estático e inamovible, las fronteras identitarias imaginarias, pero no ficticias, y sus negociaciones se contextualizan en una constante movilidad de experiencias y características socio-culturales compartidas. La misma movilidad presenta una variedad de factores coyunturales, objetivos (territoriales, lingüísticos, culturales) y subjetivos (conciencia étnica expresada en etnónimos), que pueden permitir una asociación a la identidad amorrea a partir de una definición étnica, en el sentido de la adscripción y la asociación de un individuo a un colectivo identitario más amplio que se ve reflejado en una simbología y una cultura material propios, y quizás, pero no siempre ni necesariamente, un territorio o una lengua particular (Bahrani 2006: 53-54; Burke 2021: 7-8; De Bernardi 2005: 81).

Las definiciones de carácter étnico son un punto de partida en el estudio de la identidad tanto individual como colectiva en las sociedades próximo-orientales antiguas, sobre todo de las llamadas *sociedades amorreas*. Sin embargo, creemos que el trabajo de Aaron Burke, *The Amorites and the Bronze Age Near East. The Making of a Regional Identity* (2021),

ofrece un nuevo enfoque para examinar la “cuestión amorrea” a partir de la influencia de los estudios sobre la construcción de la identidad durante las últimas dos décadas, sobre todo del “giro barthiano” (De Bernardi 2005: 79), aunque es notorio que no cite a este autor a pesar de sus influencias. En la medida en que el significado de etnia refiere a un conglomerado humano de distinto tamaño con su propia relación particular con cierto territorio donde puede establecerse más o menos homogéneamente, compartiendo o no ciertos elementos, que reconoce una historia y un conjunto de tradiciones, costumbres, creencias y signos culturales cuya presencia e intensidad varían geográfica y temporalmente (Di Bennardis 2014: 53; De Bernardi 2005: 80-81), y también en la medida en que existe una multiplicidad de significaciones sobre el *ser* amorreo, el autor propone hablar de una *identidad amorrea*. El cambio conceptual se basa en la flexibilidad de su significado, al mismo tiempo que hablar de una identidad étnica permite pensar en el grupo de elementos subjetivos y de características objetivas de una cultura construida socialmente en esferas múltiples y aún así contradictorias. La identidad amorrea ha sido asignada (también auto-adscripta) a elementos sociales tanto deseados como indeseados, en distintos momentos de la historia pero también en distintas regiones. Los cambios en la configuración político-territorial de aquellas regiones, reflejados también en las transformaciones de los tópicos y los actores de los relatos que ofrecen las fuentes escritas, indican una resignificación constante de la identidad amorrea, que no excluye su coexistencia con la presencia de múltiples identidades (tanto a pequeña escala como a nivel macro) y de sus múltiples representaciones (De Bernardi 2005: 81). Esta resignificación puede responder a criterios a veces étnicos, pero son muchas más las veces en que lo que está en juego es la construcción de una identidad individual, tomando algunos elementos e ignorando otros, en asociación a un colectivo social más amplio cuyo objetivo permanente es resolver su subsistencia a la luz de determinados procesos históricos.

La negociación y resignificación identitaria es examinada por Aaron Burke en el contexto tanto individual como colectivo en el que suceden, a partir de la interacción con distintos agentes sociales y distintos elementos culturales, y la posterior aceptación o exclusión de alguno de esos elementos, incluyendo una serie de enfoques recientes que consideran la influencia de la movilidad y la circulación constante no sólo de personas y pueblos sino también de ideas y elementos culturales varios. En este sentido, remite conceptualmente a un trabajo previo donde examina la conspicuidad de una constelación de cultura

material, una *koiné amorrea*. La misma implica iniciativas intencionales de construir una identidad común mediante la producción y la apropiación de marcadores de la solidaridad grupal, cuya persistencia en el tiempo o su herencia a otros grupos sociales resulta directamente de la flexibilidad con la que ésta identidad interactúa con otros conjuntos culturales regionales (Burke 2014: 360). El mismo subtítulo de este trabajo, *The Making of a Regional Identity*, remite también a una conceptualización anterior, la de *oikumene amorrea*, en la medida en que lo que se observa es una cosmovisión de carácter regional, común a un conjunto de grupos que, a partir de distintos nombres (mar-tu, *amurru*, *ʿ3mw*), se nos aparece en distintos momentos históricos en las fuentes escritas encontradas entre el delta del río Nilo y la desembocadura de los ríos Tigris y Éufrates. La persistencia de la *koiné* y *oikumene* amorreas en el tiempo, e incluso su herencia a otros grupos sociales, resultan directamente de la flexibilidad con la que esta identidad interactúa con otros conjuntos culturales regionales (Burke 2014: 360), no sólo en el plano material sino también simbólico y social.

En este sentido, lo que le interesa al autor no es tanto pensar la identidad amorrea como una unidad estática entre los años 2500-1500 a.C., cuya conceptualización siempre ha significado y representado lo mismo, sino más bien de qué manera *las identidades amorreas* se desarrollaron durante ese período de tiempo, y de qué manera la interacción entre tales identidades podría haber contribuido a la creación de una cosmovisión compartida en la región del Cercano Oriente antiguo. Tal multiplicidad interpretativa significa un interesante aporte al estudio de las sociedades del mundo antiguo, tanto de la manera en que retrataban su encuentro con un Otro, como de qué factores, procesos e instituciones culturales dieron forma a distintas identidades.

Lo que se presenta en este trabajo es “una arqueología histórica de las negociaciones dentro de una identidad amorrea más amplia” (Burke 2021: 13), comenzando con el examen de las primeras referencias a tal identidad durante el tercer milenio a.C. El autor no apela a una narrativa de la “etnogénesis”, en primer lugar porque referiría a un único momento a partir del cual se establecería una identidad en particular, y en segundo lugar porque implicaría también cierta conciencia de una identidad que es asignada a partir de fuentes que no son propias del grupo en cuestión, o ni siquiera del mismo período (Burke 2021: 11). En su lugar, sugiere que la identidad amorrea emerge en la Alta Mesopotamia, en un recorte temporal extenso que abarcaría tres milenios, a partir de una experiencia agropastoral compartida, cuando centros como Ebla o Mari intentaban explotar los límites de la

tierra arable en pos de un agropastoralismo de secano. Esas comunidades fronterizas desarrollaron un conjunto compartido de prácticas, símbolos y tradiciones que contribuyeron a una distinción identitaria de sí mismas, no sólo en relación a sus vecinos contemporáneos sino también en relación a las comunidades que originalmente habían fundado esos sitios, ya que algunas de sus características culturales fueron omitidas o reformuladas. Hacia el año 2200 a.C., sin embargo, las zonas fronterizas desde el sur del Levante hasta la Alta Mesopotamia se vieron afectadas por dramáticos cambios ambientales a través de la aridización, lo que llevó al abandono de múltiples sitios y a la movilización hacia regiones adyacentes con mejores condiciones agrícolas. Aaron Burke considera que tal movilización no se trató simplemente de una búsqueda por un nuevo hábitat y nuevas oportunidades de vida o incluso de ascenso social, sino que se trataba de migrantes refugiados, cuya agencia autónoma contribuyó a diferentes trayectorias y medios de subsistencia en nuevos entornos ecológicos y económicos.

En este sentido, se aparta de la categorización tradicional de la identidad amorrea en relación a la exclusividad del pastoralismo, una cuestión que ya debería de haber sido consensuada a raíz de distintos estudios (Kamp y Yoffee 1980; Charpin 2004; Porter 2020, entre otros), y considera una amplia variedad de ocupaciones con las cuales los amorreos pudieron no sólo elevar su estatus social sino también establecer relaciones de poder con los otros grupos que los circundaban. Las ocupaciones relacionadas a la subsistencia pastoral, a la actividad militar y al comercio, eran asociadas tradicionalmente a las sociedades trashumantes en general y amorreas en particular. Tales quehaceres eran propios del mundo antiguo, independientemente del tipo de organización social dentro del que se ejercían, pero enmarcados en el período que comienza con la caída de la dinastía de Akkad dejan al descubierto procesos de mayor duración. Entre ellos se pueden nombrar los cambios medioambientales, como la sequía, las inundaciones, la aridificación o salinización de los suelos, y las modificaciones demográficas derivadas de sus consecuencias. Es entonces que aquellas actividades podían propiciar nuevas oportunidades para que las identidades amorreas, pero también de otros conjuntos socioculturales, pudieran integrarse en nuevos entornos y nuevas dinámicas sociales y de intercambio cultural.

Teniendo en cuenta aquellas transformaciones medioambientales y demográficas ocurridas a partir del fin del período de Akkad, Aaron Burke examina las condiciones socio-políticas mesopotámicas de finales del tercer milenio y encuentra allí un panorama de elevación política amorrea, no sólo

para aquellos amorreos anteriormente establecidos en la región sino también para los que emigraban de sitios fronterizos en busca de nuevas oportunidades económicas y de subsistencia. Al examinar comparativamente al Levante y Egipto, parece que circunstancias análogas contribuyeron a cambios similares en el paisaje político, con una mayor agencia de actores asiáticos en la última región. Si bien no hay consensos en cuanto a la asociación de los “asiáticos” (𐎠𐎢𐎟𐎡) que poblaron el norte Egipto con el fenómeno más amplio mesopotámico, el autor toma en consideración a estos actores a partir de las coincidencias temporales y de las transformaciones demográficas del Levante, que incluyen tanto la fundación y repoblación de sitios como transformaciones en las trayectorias de movilidad humana; incluso, sugiere que tales condiciones también habrían contribuido a compartir experiencias con poblaciones levantinas, las cuales ayudaron a cultivar una tradición e identidad colectiva a mayor escala.

Todas estas transformaciones y procesos paulatinos pero continuos del tercer milenio ofrecieron oportunidades de integración y ascenso social a distintos grupos y en distintas regiones, y hacia la Edad del Bronce Medio (c. 2000 - 1550 a.C.) tales oportunidades habían sido aprovechadas por los amorreos, lo cual les fue propicio y les otorgó una importante participación en el ejercicio del control político en centros mesopotámicos, levantinos y egipcios. Fue así como el establecimiento y la expansión de estados territoriales gobernados por personas llamadas a sí mismas “amorreas” contribuyó a un renacimiento urbano de la zona fronteriza abandonada a finales del Bronce Antiguo, logrado principalmente por élites que tuvieron un papel activo en la construcción y hegemonía de una identidad amorrea más amplia que caracterizó una serie de trayectorias regionales a comienzos del segundo milenio (c. 2000 - 1800 a.C.).

Teniendo en cuenta el papel activo de las élites llamadas a sí mismas amorreas en la construcción de una identidad regional (véase el subtítulo del libro, *The Making of a Regional Identity*), Aaron Burke examina e identifica los distintos mecanismos mediante los cuales grandes gobernantes amorreos no sólo extendieron el control político y económico, sino también influencias y conexiones, entre el delta oriental del Nilo, la península anatólica y el golfo pérsico.

En el interior de tales mecanismos puede apreciarse la combinación entre los aportes generados por migrantes, mercaderes y mercenarios y aquellos elementos que constituían a la comunidad receptora, la cual permitió construir modelos de intercambio culturales a nivel tanto intensivo como

extensivo. Los primeros pueden pensarse como la aceptación o el rechazo, o también la combinación de determinados rasgos culturales, a una menor escala (*koiné*), quizá distrital o regional, a razón de la proximidad; piénsese que en los sitios de ‘Ezbet Rushdi y Tell el-Dab’a parece haber una distribución dentro de la ciudad de edificios de características específicamente egipcias y específicamente “asiáticas” (¿amorreas?) (Bietak 2018: 81-87). Por su parte, los intercambios culturales extensivos se caracterizan por una dimensión mucho más amplia, a partir de los cuales élites de distintas regiones del territorio comprendido entre el Golfo Pérsico y el delta del Nilo comparten un conjunto de tradiciones y de elementos culturales, una *oikumene*, con modificaciones mínimas que dependen de la negociación con los elementos culturales locales previos y que otorgan legitimidad a una identidad que es reflejada y reforzada en los logros de afamados gobernantes amorreos; piénsese en la compilación hammurabiana, que aunque no es novedosa dentro del corpus de secuencias legales del mundo mesopotámico antiguo, puesto que el primer rey en comisionar un documento de estas características no fue Hammurabi sino Ur-Nammu, fundador de la III Dinastía de Ur (c. 2100 a.C.) (Van de Mieroop 2016: 144), ciertamente parece haber servido de modelo, tanto estructural como narrativo, a otras compilaciones posteriores, como las neo-babilónicas o neo-asirias, e incluso las leyes bíblicas (Van de Mieroop 2016 para el examen de documentos específicos; Levitt 2019 para una discusión más general).

Entre los años 1800 - 1550 a.C., la hegemonía de la *koiné* amorrea se sostiene entre el delta del río Nilo y el golfo pérsico en una *oikumene* que sirve como medio de asociación y diferenciación de distintos grupos que, a través de la competencia y de la emulación de determinadas características culturales por parte de gobernantes y élites amorreas, comparten una serie de costumbres, prácticas y características simbólico-materiales. La negociación identitaria se presenta entonces como un proceso por el cual, mientras algunos elementos de la cultura material de distintos grupos siguen siendo semejantes, otros son resignificados y apropiados acorde a las circunstancias locales, las necesidades sociales, las tradiciones e incluso los gustos o las “modas”. En este sentido, Aaron Burke da cuenta del sentido social del término “amorreo” durante la Edad del Bronce Medio, ya que constituía un concepto “unitario” de adscripción identitaria que trascendía asociaciones geográficas, políticas y culturales tradicionales, independientemente de la continuidad de elementos no-amorreos.

Hacia el final del trabajo, y considerando esta trascendencia del elemento amorreo a nivel no sólo individual sino también colectivo dentro de la *koiné/oikumene* amorrea que se extiende durante el segundo milenio en Egipto, el Levante y Mesopotamia, Aaron Burke sugiere que la convergencia y la herencia a través del tiempo de determinados caracteres de la *koiné* amorrea, dependiendo de las condiciones de su recepción, contribuyó a la significación social de la identidad amorrea durante la Edad del Bronce Medio. A partir de un último examen de “las fuentes del poder social” (Mann 1991: 2) amorreo, el autor concluye que exámenes posteriores sobre las fases individuales dentro de la(s) trayectoria(s) amorrea(s), sobre las redes de interacción social superpuestas que permitieron la conformación y la proliferación de las caracterizaciones amorreas, permitirán un mejor acercamiento a los momentos y los motivos por los cuales los grupos amorreos adquirieron tal poder social, así como reconocer porqué eventualmente se erosionó durante la Edad del Bronce Tardío. En relación a esto último, el giro de poder hacia agentes imperiales más que hacia agentes amorreos durante el primer milenio significó experiencias regionales distintas que condicionaron la recepción y/o la continuidad de las tradiciones amorreas. Las trayectorias micro-regionales variaron de acuerdo a, por una parte, el legado de tradiciones del mundo social amorreo, y por otra parte, su sujeción a modificaciones por parte de las tradiciones locales sobre las que se diseminó y de las tradiciones imperiales que siguieron. Esto dará de qué hablar en estudios posteriores.

En suma, creemos que el libro de Aaron Burke es un aporte importante a la discusión de la “cuestión amorrea”, en principio porque no la reduce meramente a relaciones de carácter espacial entre ciudad-aldea-hinterland, centro-periferia. Una buena muestra de ello es el mapeo sistemático, para cada período abordado, de los sitios que presentan características culturales materiales amorreas, independientemente de su ubicación dentro de la “zona de incertidumbre”, que se extiende entre las tierras marginales del norte mesopotámico y los extremos orientales del Levante. Es interesante el nombre que otorga el autor a esa región, pues permite entrever la importancia que tenía para los centros urbanos que intentaron expandir y explotar los límites de la tierra arable, y su encuentro con otros tipos de comunidades que habitaron intermitentemente tal región desde mediados del III milenio a.C. Al mismo tiempo, permite pensar la versatilidad con la cuál condiciones tanto políticas como medioambientales cambiantes podían propiciar tanto el abandono de centros urbanos, almacenes y plazas comerciales, como la reconstrucción y/o el repoblamiento o la fundación de nuevos sitios.

La idea de abordar la cuestión de manera regional no sólo le posibilita al autor el estudio de las relaciones de los poderes amorreos con sus vecinos más próximos, sino también las propias configuraciones micro-regionales que adquieren tales poderes según negociaciones con elementos nativos anteriores. Así, no sólo se ofrece un mapeo de la movilización tanto de personas como de familias y comunidades enteras en busca de mejores oportunidades y nuevas formas de solidaridad, sino también de la fusión y difusión de elementos simbólicos, materiales o inmateriales, y de prácticas que despertaban un sentido identitario tanto a nivel individual como colectivo. Ese sentido no sólo se construía cotidianamente en los intercambios intensivos, sino también en la transmisión transgeneracional, que excluye o recupera elementos específicos de acuerdo al rol que ejerce esa identidad dentro de un grupo específico.

En este sentido, el autor tampoco reduce la “cuestión amorrea” a distinciones del orden de las estrategias que elige un grupo para su subsistencia y los conflictos que éstas pueden generar en el encuentro con las de otros grupos, sino que piensa en esa cuestión más bien como un proceso paulatino de configuración y consolidación de la identidad amorrea, condicionado por las transformaciones demográficas, políticas y medioambientales que tuvieron lugar entre la costa del Mediterráneo oriental y el Golfo Pérsico. Tales condiciones impulsaron, al mismo tiempo que facilitaron, la circulación de un conjunto de elementos de referencia a los cuales distintas élites de distintas partes de ese territorio apelaban para legitimar su posición política y económica privilegiada durante la Edad del Bronce Medio. La “cuestión amorrea” no debe, ni para el autor ni para nosotros, resolverse en una narrativa de “etnogénesis” donde la identidad amorrea apareció de una vez y para siempre, existió sin ningún tipo de modificación (sea ésta endógena o exógena, consensuada o no consensuada), y desapareció sin dejar rastro.

Por el contrario, la propuesta de Aaron Burke nos interesa porque plantea pensar en un proceso de *long durée* de construcción de la identidad amorrea a través de distintas fases (cada una con una periodización detallada en la introducción de cada capítulo) y de diferentes condiciones que podían o no propiciar para la aparición, la combinación y la desaparición de ciertas características comunes que, en conjunto, constituirían una *koiné* amorrea, una suerte de criterio unificador identitario para cohesionar tanto a individuos como a un grupo de comunidades. El tratamiento que hace el autor de aquella *koiné*, sobre todo hacia la segunda mitad de la Edad del Bronce Tardío (c. 1800 - 1550 a.C.) cuando se había consolidado como

una *oikumene*, una verdadera cosmovisión compartida supra-regionalmente e independientemente de los conflictos o estereotipos que puedan percibirse en el seno de los ámbitos donde esa cosmovisión se encuentra y se ejerce en relación a otras, puede ofrecer a los investigadores un conjunto de herramientas multidisciplinarias, desde la historia y la antropología social hasta los exámenes exhaustivos de los elementos onomásticos y lingüísticos en general, para poder pensar y comparar más críticamente la evidencia material con la que llega a nosotros la(s) identidad(es) amorrea(s), reconociendo y reafirmando el dinamismo del que resultó una única, aunque con distinciones regionales, identidad y *koiné/oikumene* amorrea. Por su parte, y en relación a otro tipo de evidencia como la lingüística, el material arqueológico examinado en el recorrido del libro repara también en su recepción connotativa, no denotativa, lo que hace de su lectura una recomendación para investigadores del ámbito historiográfico-antropológico social en cuanto incluye un análisis de las condiciones materiales e ideológicas de su producción.

Bibliografía

BAHRANI, Zainab (2006) “Race and Ethnicity in Mesopotamian antiquity”, *World Archaeology* 38 (1): 48-59.

BIETAK, Manfred (2018) ‘The Many Ethnicities in Avaris’, en: Budka, J. y Auenmüller, J. (eds.) *From Microcosm to Macrocosm. Individual households and cities in Ancient Egypt and Nubia*. Leiden: Sidestone Press, pp. 81-87.

BUCCELLATI, Giorgio (1966) “The Amorites of the Ur III Period”, *Publicazione del Seminario de Semiótica a cura di Garbini*. Riccercha I, Naples. Instituto Orientale di Napoli.

BURKE, Aaron A. (2014) “Entanglement, the Amorite Koiné, and Amorite Cultures in the Levant”, *ARAM* 26 (1/2): 357-373.

BURKE, Aaron A. (2021) *The Amorites and the Bronze Age Near East. The Making of a Regional Identity*. Los Angeles: University of California.

BURKE, Peter (2005) “Estereotipos de los otros”, en: Burke, P. *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*. Barcelona: Crítica, pp. 155-175.

CHARPIN, Dominique (2004) “Histoire politique du Proche-Orient Amorrite (2002-1595)”, en: Charpin, D.; Edzard, D. O. y Stol, M. (eds.)

Mesopotamien: Die altbabylonische Zeit. Fribourg: Academic Press Fribourg Vandenhoeck & Ruprech Göttingen, pp. 25-480.

DE BERNARDI, Cristina (2005) "Methodological Problems in the Approach to Ethnicity in Ancient Mesopotamia", en: Van Soldt, W. H. (ed.) *Ethnicity in Ancient Mesopotamia. Papers Read at the 48th Rencontre Assyriologique Internationale. Leiden, 1-4 July 2002*. Uitgave: Nederlands Instituut voor het Nabije Oosten, pp. 78-89.

DI BERNARDIS, Cristina (2014) "Ignace Gelb: Metodología, Historia social y rescate de la diversidad sociocultural en Mesopotamia entre el III y II milenios a.C.", *Claroescuro* (13): 40-63. Disponible en: <http://hdl.handle.net/2133/12741>.

KAMP, Kathrin A. y YOFFEE, Norman (1980) "Ethnicity in Ancient Western Asia During the Early Second Millennium B. C.: Archaeological Assessments and Ethnoarchaeological Prospectives", *Bulletin of American Schools of Oriental Research* 237: 85-104.

LEVITT, Malcolm (2019) "Introduction: meaning, origins, fragility, cyclicity and collapse of ancient states", en: LEVITT, M. *Why did Ancient States Collapse? The Dysfunctional state*. Oxford: Archaeopress, pp. 1-8.

MANN, Michael (1991) *Las Fuentes del Poder Social 1: Una historia del poder desde los comienzos hasta 1760 D.C.* Madrid: Editorial Alianza.

PORTER, Anne (2020) "Pastoralism in the Ancient Near East", en: Snell, D. (ed.) *A Companion to the Ancient Near East*, Second Edition. Hoboken: Wiley, pp. 125-143.

ROBERTSON, John F. (2006) "Nomads, barbarians, and societal collapse in the historiography of Ancient Southwest Asia", en: Guinan, Ann K. et alii. (eds.) *If a Man Builds a Joyful House: Assyriological Studies in Honor of Erle Verdun Leichty*. Leide-Boston: Brill, pp. 325-336.

ROVIRA, Leticia (2006) "El miedo asimilado. El dios mar.tu/amurru construido como extranjero, apropiado como nativo", *Claroescuro* (5): 245-262. Disponible en: <http://hdl.handle.net/2133/12376>.

SAID, Edward W. (2007) "La geografía imaginaria y sus representaciones: orientalizar lo oriental", en: Said, E. *Orientalismo*. Barcelona: DeBolsillo, pp. 81-109.

VAN DE MIEROOP, Marc (2016) "Of Ancient Codes", en: Van de Mieroop, M. *Philosophy before the Greeks. The Pursuit of Truth in Ancient Babylonia*. New Jersey-Oxfordshire: Princeton University Press, pp. 143-155.